

**N**O TUVE QUE MIRAR las noticias. Simplemente escuché su nombre y por un inexplicable motivo sentí un frío que no se puede traducir con palabras. De inmediato, mis ojos se llenaron de lágrimas y mi mente de imágenes y sonidos: su pelo, tejido con blancos hilos, así, sin cuidado, en perfecta armonía con sus pobladas cejas, sus ojos sabios que descifraban el mundo en una anécdota y su risa... ¡Ah!, su risa, todavía hace eco en mis recuerdos y quién sabe para que algún día desaparezca de la memoria de quienes la oyeron.

No preciso desde cuándo tenía la ilusión de conocer a don Joaquín Gutiérrez, tan solo de escucharlo, pues eso es suficiente para el resto de la vida. Quería verlo, no en un programa ni en un auditorio sino frente a mí, hablándome, contándome en persona las maravillosas vivencias que yo sólo conocía en sus libros.

Había pensado en ese momento miles de veces, hasta que un buen día, hace algunos meses, me decidí y fui a visitarlo a su casa. En mi afán por hacer que este encuentro fuera inolvidable, escribí un pequeño cuento en su honor y las lágrimas no se hicieron esperar cuando lo escuché

# El ser humano

**SILVIA ARCE VILLALOBOS**

colaboradora

leerlo para mí, sentado en el centro de un gran sillón, como siempre lo imaginé.

Ese día de febrero nunca acabó: la eternidad sería insuficiente para escuchar sobre sus experiencias, sus recuerdos, sus amistades, para enumerar sus pasos por este vasto mundo del que tanto hablaba, en fin... su vida.

Olvidé por completo lo lejos que estaba de mi casa, el bus, la hora, pues eso pertenecía a otra realidad a la que no me interesaba regresar mientras estuviera escuchando su voz. Además, yo sabía que él era capaz de detener el tiempo cuando fuera preciso.

Debo confesar que cuando era mi turno de hablar sentía que mis construcciones eran torpes, colmadas de

palabras sin sentido, pero él nunca dejó de mostrar interés, de sonreír y decirme entre carcajadas: "Muchacha, tranquila, no hablés tan rápido". Y entonces yo trataba inútilmente de contener la emoción.

Es cierto, solo lo vi una vez así, tan cerca, pero cuando uno conoce a alguien, adquiere voluntaria o involuntariamente un bello compromiso: extrañar a esa persona cuando falta y en mi caso, lo asumo con toda voluntad porque lo que aprendí de este gigante fueron a su vez lecciones gigantes, dictadas en una tarde, atrapadas para siempre.

Tal vez hoy ya no esté entre nosotros, y digo tal vez porque uno nunca sabe... a lo mejor está por ahí, en algún lugar del mundo, flotando suavemente sobre una enorme hoja de aire.